



CAPITULO XVIII

La versión oficial del combate de Valenzuela.—Habla Martínez Campos.—Los partes oficiales de la acción.—Telegrama de felicitación del Gobierno al general.—Impresión y efecto que causó en la opinión el combate de Peralejo.—Tristes deducciones.—Gravedad del problema cubano.



En fin, decidióse el Gobierno á romper el censurado silencio que su mal entendido patriotismo hábale obligado á guardar, respecto al reñido y sangriento combate que el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba había tenido que librar para entrar en Bayamo, publicando en la *Gaceta* del día 25 de Julio, los siguientes telegramas oficiales, dirigidos por el general Martínez Campos al señor ministro de la Guerra:

«*Bayamo*, 16 Julio.—Exm). Señor: El día 5 salí de la Habana para visitar las jurisdicciones de Remedios y Sancti Spiritus, donde existen las partidas de Las Villas y Ciego de Avila.

Enterado de todo por el general Luque, de cuyo celo, actividad é inteligencia estoy sumamente satisfecho, dispuse que enseguida volviese á Manzanillo el segundo batallón de Isabel la Católica que, con dos de la primera división, había reforzado las Villas, dejando éstos

dos allí, por ahora, aunque estando pronto á volver á Cuba, el de la Unión, segundo provisional; y de la colocación que había dado y consideraba debida á los cuatro batallones que acababan de llegar de la Península (Andalucía, Extremadura, Borbón y Zamora) formar dos líneas, la avanzada en los dos Jatibonicos para operar hacia la antigua trocha y la segunda en Placetas, Guaracabuya, Zuazo y Juramento.

Estas fuerzas con el tercero de Alfonso XIII y el de Baza sexto peninsular, más la caballería y guerrillas, tenían por primera misión perseguir las partidas y formar las dos líneas indicadas por si Máximo Gomez conseguía pasar la línea de Júcaro á Morón, perseguirle y evitar que levantase las Villas.

El día 8 embarqué en Tunas de Zaza y recorrí Morón, Ciego de Avila y Júcaro, previniendo las obras que para defensa de Ciego de Avila debían hacerse, y la construcción de un barracón para depósito y desembarco en el Júcaro, como así mismo la del ramal del Júcaro á Punta Barra y el muelle de este punto.

El 10 fuí á Santa Cruz, á donde destinaba al batallón de América, pero como las condiciones de este punto son malísimas, respecto á salubridad, por estar azotado duramente por el vómito y las calenturas, y además, el barracón, enfermería y cuartel estaban en ruínas é infestados, dispuse que se alquilase una casa nueva para hospital y destacamento, por ser la única regularmente situada en aquel lugar de infección, y previne que el batallón fuera á acampar á Santa Cecilia construyéndose, al efecto, barracones de guano para su alojamiento, y de tablas para enfermería, arreglando el camino que une á Santa Cruz con Santa Cecilia.

Seguí á Manzanillo, donde llegué el propio día 10 á las diez de la noche. Llevaba el propósito de ir á Bayamo, en cuyo punto, según las noticias de los periódicos y la voz general había grandes deficiencias. Comunicué mi pensamiento al general Lachambre, quien me dijo que

acababa de recibir noticias de que Antonio Maceo, con unos 3000 hombres, más todas las partidas de la jurisdicción, estaba en el Corojo, tres leguas distante de Bayamo.

Como generalmente á Maceo le suponen en todas partes, yo no creí la noticia é insistí en ir, por más que el general Lachambre me suplicó que no fuese, negándome á que me acompañara. Tengo que con-



SANTIAGO DE CUBA

signar que este general envió orden al malogrado Santocildes, que estaba en el camino de Veguitas, para que me esperase, y además ordenó que una columna que había enviado á buscar por mar á Campechuelos se me incorporase en Veguitas.

En este punto se me confirmó la noticia de la presencia de Maceo: yo reunía 1.523 hombres y no suponía que Maceo tuviera más del do-

ble, ni le creía bien municionado. Confieso paladinamente que dudé un tanto, porque no habiendo vuelto el general Ordoñez de Holguín, no había más fuerzas disponibles en este distrito; pero no me pareció oportuno retroceder: hubiera perdido la fuerza moral con este valiente ejército, á quien tanto exijo, y habría sido un golpe fatal.

Maceo, desde que supo mi arribo á Manzanillo, noticia que de seguro recibió antes de salir yo de aquella ciudad, tomó sus precauciones y empezó á reunir, no solo todas sus fuerzas, que las tenía próximas para la imposición de jefe á esta zona, si no los paisanos también; y como había recibido un fuerte convoy, desembarcado en la Herradura (Holguín), desistió de su proyecto de rehuir combates y organizó su fuerzas y se dispuso á impedirme el paso y rodearme, merced al terreno y á su superioridad numérica.

A las cinco de la mañana salí de Veguitas, y se hizo la marcha con lentitud por no estar muy bien el camino. Acabado de pasar el río Buey por Barrancas, se presentaron por el flanco izquierdo algunos grupos que se reconocieron y no hostilizaron. Ya allí tuvimos alguna vaga noticia de que el enemigo estaba cerca.

Como el camino de Jucaibama, aunque más corto, estaba en muy mal estado, decidió el general Santocildes, que es el que llevaba el mando de la columna, marchar por el camino de los Magüey, dejando á nuestra izquierda el de Jucaibama.

Dos kilómetros antes de la bifurcación del indicado camino y el de Peralejo, la vanguardia, mandada por el teniente coronel don José Vaquero, encontró al enemigo, rompiéndose el fuego con vivacidad, y á la media hora, esto es, á las doce y media, se generalizó por todos lados, siendo envuelta la columna y atacada vivamente la retaguardia, mandada por el teniente coronel don Federico Escario, y la extrema retaguardia, al mando del comandante don Felix Diaz Andino.

La situación era muy mala: estábamos entre dos cercas de potre-

ros, cercas de alambres con puntas, completamente al descubierto y teniendo por los flancos y el frente monte bajo, en que podían ocultarse y desde donde hacían fuego con ventaja. Avanzábamos lentamente en correcta formación, análoga á la del cuadro, ocupando un kilómetro próximamente de extensión y con los fuegos cruzados, sin haber punto inmune.

El teniente coronel don Francisco San Martín, que iba á la derecha, hizo un avance en aquella dirección, llegando á la altura de la vanguardia. A las tres horas de combate cayó muerto de tres balazos, mortales por necesidad, el inteligente y bizarro general Santocildes; entonces tomé el mando directo, y habiendo sido gravemente herido el teniente coronel Vaquero, dispuse que tomara el mando de la vanguardia el de igual clase San Martín, y de la retaguardia don Federico Escario, continuando el fuego por espacio de una hora con igual fuerza; entonces previne un avance, y al frente de la sección exploradora de Isabel la Católica, y primera y tercera compañía del expresado cuerpo, cargaron el coronel teniente coronel de Estado mayor don Máximo Ramos, y mis dos ayudantes capitán Primo de Rivera y teniente marqués del Baztán; se puso en fuga al enemigo por aquella parte, matando algunos de arma blanca, y el fuego vivo de los flancos dió un breve descanso, y como la retaguardia estaba á la altura del camino de los Magüey, invertí el orden de formación, tomando esta la vanguardia; la que era vanguardia quedó de flanco derecho y de retaguardia.

Como se tenía que pasar el arroyo Babatuaba de á uno y las acémilas y los heridos eran muchos, volvió á generalizarse el combate, intentando ellos con numerosa caballería estorbar el paso por el flanco izquierdo, pues no habían apostado fuerza en el arroyo y quedaron sorprendidos con mi movimiento.

Pasado el arroyo, á las cinco ya sólo grupos de caballería molestaban la retaguardia, y llegué á Bayamo á las nueve de la noche, donde

era grande la alarma, pues se había tenido noticia del combate y muerte de Santocildes.

Al día siguiente de mi llegada se enterró al general Santocildes y siete cadáveres más que se trajo la columna, no habiéndose podido traer los restantes por falta de medios de transporte, pues se perdieron cuarenta caballos y acémilas. los ochenta y nueve heridos se habían instalado la noche antes en hospitales provisionales.

Pensaba detenerme un solo día en Bayamo; pero las dos jornadas tan penosas por lo largas, y el agua y el fango del camino, y sobre todo, la del último día con el combate de cinco horas, no me aconsejaba moverme. También tuve conocimiento de que José Maceo había llegado á Cuba con mil quinientos hombres, y se debía incorporar á su hermano, y que todo el paisanaje útil de Bayamo, Jiguaní y Baire, se concentraba por orden de Maceo con objeto de ayudarle; es decir, que me encontraba al frente unos seis mil hombres armados.

Decidí quedarme y enviar propios para que de Holguín y Cuba salieran dos brigadas de más de mil quinientos hombres, para operar combinadamente y procurar deshacer este gran núcleo de rebeldes.

Las bajas que tuve en el expresado combate han sido el general Santocildes, y tres oficiales muertos; el teniente coronel Vaquero y tres oficiales más heridos, veinticinco de tropa muertos y ochenta y nueve heridos.

Réstame tan solo expresar á V. E. que he quedado altamente complacido del comportamiento de las fuerzas todas, y muy especialmente de los que pude observar, como los tenientes coroneles Vaquero, San Martín y Escario, comandante Andino, del médico de Isabel la Católica, don Marcial Martínez Capdevila, que con el del cuartel general don Eduardo Semprún, que tuvo el caballo muerto de dos heridas, montándolo á mi lado, curaron los heridos con serenidad; de mi cuartel general que estuvo constantemente á caballo yendo á llevar órdenes desde

el principio del combate, y de los primeros tenientes de Isabel la Católica, don Alfonso Sánchez Osorio y don Hilario Martínez Santos, capitán don Francisco Borbón Fernández, y primeros tenientes, don Pedro Carratalá Mantilla y don Francisco Sánchez Ortega; y del batallón de Baza el capitán don Luís Robles Guardabrazo, primer teniente don Carlos Tuero y O'Donell, y segundo teniente don Ricardo Boria Linares, y el capitán de la guerrilla montada, teniente coronel capitán retirado don Enrique Travesí, y capitán de la guerrilla de Guisa ex teniente coronel don Salvador Benitez.

Lo que tengo el honor de manifestar á V. E. para su debido conocimiento, no expresando las bajas del enemigo porque los datos son muy contradictorios.—*Arsenio Martínez de Campos.*»



CAPITAN AGÜERO

«*Manzanillo, 24 Julio.*—Exmo. Señor: Como continuación á mi

parte del 16 del actual debo manifestar á V. E. que el general Valdés acudió presuroso á Bayamo con una columna inferior á la indicada por mí, por no demorar su marcha en la concentración de las fuerzas que debían seguirle, y á las cuales di orden de que no siguieran ya su marcha, sino que por el contrario, volvieran á Holguín y Tunas con objeto de proteger dichos puntos.

Explicué á V. E. la situación en que creía encontrarme; estaba equivocado. El enemigo, aunque hacía circular multitud de baladronadas y proyectos, que solo tenían por objeto despistarme, tanto más, cuanto que eran verosímiles, había quedado tan quebrantado en Pera-lejo, donde tuvo cerca de cuatrocientas bajas, y había perdido no sólo la ilusión de quedarse con la columna en aquel mal paso, sino que también se había aterrado del valor del soldado y de mi movimiento primero de avance y luego de flanco, reduciendo el combate á un solo frente, que los pacíficos se volvieron á sus bohios, y convencidos después de que mis bajas no llegaban á ciento veinte, las partidas de este distrito volvieron descorazonadas á sus guaridas habituales, y las de Guantánamo y parte de las de Cuba y Holguín, medio sublevadas, no quisieron continuar aquí; lo que sí hicieron fué establecer en todos los caminos que conducen á Bayamo partidas que hacían llegar á aquella población las noticias exageradas que les convenía, manteniéndome en la incertidumbre que es natural, y propalando al exterior todas las especies alarmantes que su imaginación y conveniencia les sugería.

Maceo los tachaba de cobardes, y ellos acusaban á su vez á este de que los había llevado al matadero. La división y el desconcierto no pueden ser mayores, y si los pertinaces chubascos de la estación no dificultaran las marchas, hubiese operado con las fuerzas reunidas en este distrito.

Todas estas noticias las he ignorado y estaba muy lejos de presumirlas, antes por el contrario, creía que el combate no me había sido favorable más que en el hecho de haber logrado avanzar sin haber perdido un palmo de terreno y sin haber retrocedido ante un enemigo tan superior en número y en terreno en que se nos había preparado una celada.

La recepción que me ha hecho el pueblo de Manzanillo, tan frío é indiferente de ordinario; el entusiasmo, no sólo de mi columna, sino

el de todas las venidas de fuera, me ha indemnizado de las preocupaciones de estos días, y finalmente, el convencimiento que tengo de que he evitado una catástrofe, pues el plan de Maceo lo he conocido ya por completo, y aseguro á V. E. que todo parecía contribuir á que con éxito lo realizara.

Consistía en caer sobre el convoy escoltado por doscientos ochenta hombres que estaba en marcha de Cauto á Bayamo, conduciendo veinte mil raciones é igual número de cartuchos, empresa facilísima para tan numerosas partidas; marchar al siguiente día contra Bayamo rodeando los dos llamados fuertes con su escaso número de guarnición, y bajar á Manzanillo donde suponía que no había más de cuatrocientos hombres, porque ignoraba la llegada del batallón de Isabel la Católica, y mientras tanto bloquear Jiguaní, Baire, Guisa y las Ventas. La noticia de mi llegada á Manzanillo y de mi propósito de ir á Bayamo, les hizo pensar en que yo era mejor presa, y que después de muerto yo podría realizar mejor su proyecto.

El general García Navarro vino á Manzanillo desde Cuba con los batallones de Cuba y Valladolid, el coronel Aldave desde Ciego de Avila, con el segundo batallón de Alfonso XIII, dos compañías de Tarragona, dos escuadrones y cuatro compañías de Andalucía que recogió en Santa Cruz.

De estas fuerzas tomó el mando el general Lachambre, y salió para Bayamo tomando el camino que yo había seguido; pero como yo volvía por el de Jucaibama no nos encontramos, retrocediendo tan pronto como supo mi salida para Manzanillo. El general Valdés, que vino de Holguín con dos batallones de la Habana, me acompañó hasta Veguitas, donde se halla detenido hoy para proveerse de calzado, y mañana vuelve á Holguín.

Si pudiera operar, desde luego la ventaja sería mayor, pero necesario por lo menos veinte días para racionar, y aunque ahora llueve

mucho, son chubascos diarios que duran poco, y á pesar de que inutilizan los caminos pueden considerarse como lloviznas, comparados con los grandes temporales de mediados de Agosto hasta fines de Septiembre en que casi no se pueden pasar los arroyos y mucho menos los ríos.

Réstame tan solo manifestar á V. E. que, aunque acostumbrado á verlo, la resignación del soldado, su disciplina y su moral, excede á toda ponderación.

Es conmovedor verlos caminar cuatro jornadas con barro hasta el tobillo, sin calzado, que se queda clavado ó deshecho en el camino; la tercera parte del tiempo con agua hasta la rodilla, y en los pasos de arroyos y ríos por encima de la cintura, y flanqueando penosamente por los bosques.

No creo que en ejército alguno existan tales virtudes: podrá ser mayor su instrucción, superior su espíritu militar; pero soldado como el nuestro, que á veces pasa cuatro días comiendo carne sin sal y bebiendo barro por agua, no lo hay en ninguna nación, y al poner de manifiesto á V. E. esas virtudes, creo llenar un deber de reconocimiento y admiración hacia ese soldado, y á V. E. como jefe superior del ejército proporcionarle una gran satisfacción.—*Arsenio Martínez de Campos.*»

* * *

Haciéndose intérprete de los sentimientos de la Nación y del Gobierno, el ministro de la Guerra dirigió al general en jefe del ejército de Cuba, el siguiente telegrama de felicitación.

«Madrid, 25.—El Ministro de la Guerra al general Martínez Campos.

El telegrama de V. E. dando cuenta del combate de Peralejo, pa-

tentiza una vez más sus relevantes dotes de mando en campaña, así como la bizarría y disciplina de la tropa á sus órdenes.

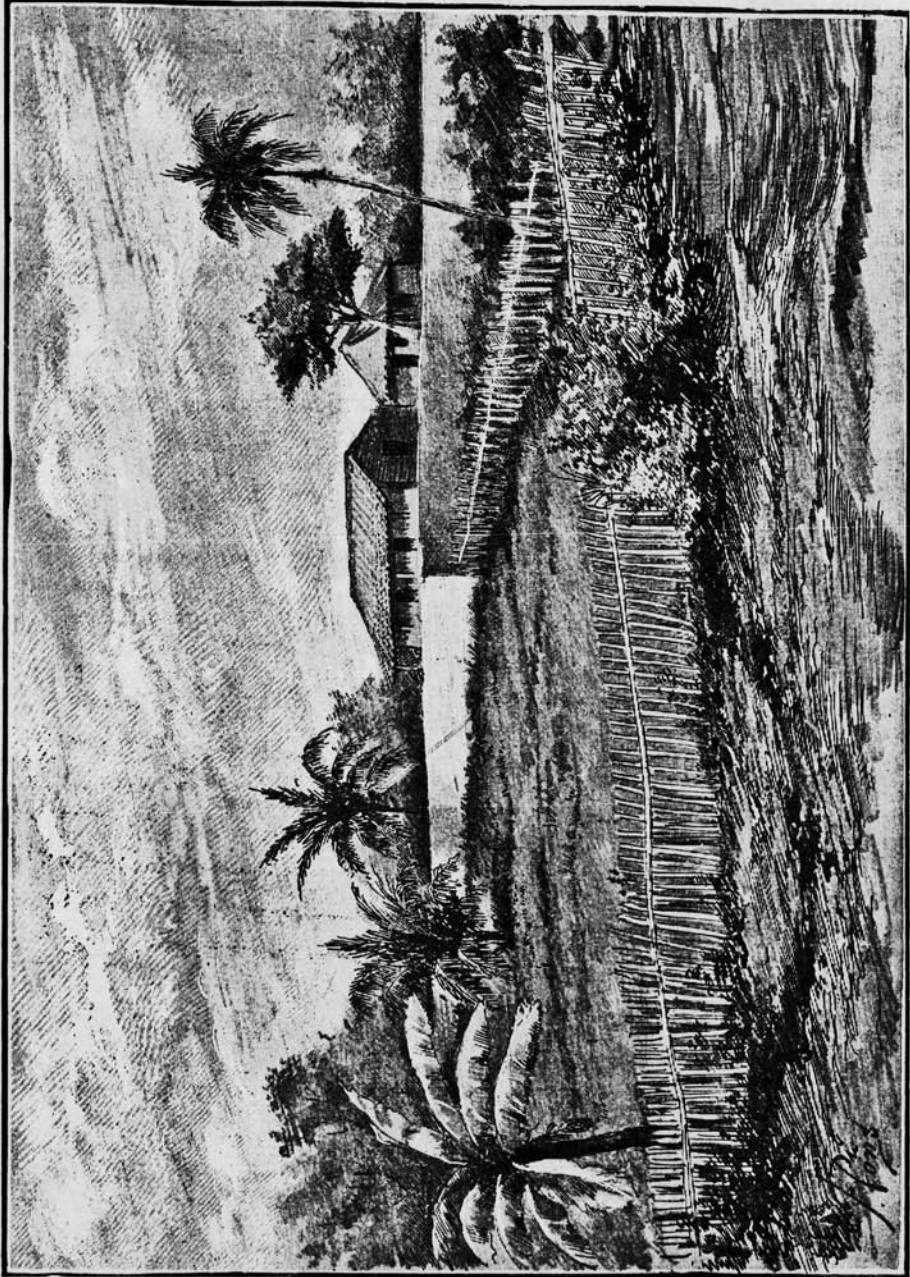
Luchar durante cinco horas con un enemigo tres veces superior en fuerza, hábilmente dirigido, en terreno por todo extremo desfavorable y en la época del año menos propicia para operar, consiguiendo salvar una ciudad importante y causar al contrario numerosas bajas,



LA SABANA DE PERALEJO DESPUES DEL COMBATE

mayores según la opinión pública que las que V. E. señala prudentemente, no puede menos de considerarse como un hecho glorioso, por lo cual el Gobierno, en nombre de S. M. la Reina Regente, y en el suyo propio, felicita á V. E. y á las clases todas que tomaron parte en el combate, las que serán recompensadas como han merecido.

Muy sensible es, y la Reina y el Gobierno vivamente lamentan,



VEGUERÍO EN LAS INMEDIACIONES DE BAYAMO

la muerte del bizarro general Santocildes y oficiales y tropa que perecieron honrosamente aquel día. Hacemos votos porque los heridos todos consigan pronta y completa curación.—*Azcárraga.*»

El primero de los despachos oficiales de Cuba causó honda y penosa impresión en todos los ánimos, porque revelaba el atrevimiento y osadía de los planes y propósitos de los insurrectos, al pretender y proponerse primero, atacar la importante ciudad de Bayamo, y después, apoderarse de la persona del general en jefe de nuestro ejército en la isla.

El relato coincide en sus términos generales con nuestra precedente narración, y aun hay en el parte del general Martínez Campos otras declaraciones verdaderamente graves, como la de reconocer que luchó contra fuerzas triplicadas; que sus tropas sufrieron por los cuatro costados el fuego de los insurrectos, pormenores que parece confirman las noticias de nuestro corresponsal al decirnos que nuestros soldados tuvieron que formar el cuadro, sacrificando las acémilas y los caballos de los oficiales, medio único de resistir al enemigo en aquel temible ataque por movimiento envolvente; que el enemigo era hábil é inteligente, y que su permanencia en Bayamo fué consecuencia del anuncio de que los insurrectos iban á ser reforzados por mil quinientos hombres al mando de José Maceo.

Todas estas manifestaciones del general en jefe y algunas más consignadas en su despacho, que pasamos por alto, dan la medida, sino enteramente precisa, muy aproximada, de la difícil situación en que se encontró frente á Bayamo la columna mandada por el general Martínez Campos.

Importancia verdadera tuvo que el general en jefe y sus valerosos soldados, tras un rudo y glorioso combate en el que tan duramente castigados fueron los separatistas, se pusieran en condiciones de recorrer sin nuevas dificultades el camino que separa aquella población de Man-

zanillo; pero nosotros, que desde el momento en que se inició el movimiento insurreccional en la gran Antilla, hemos tenido fe ciega en la justicia de nuestra causa y en el triunfo de las armas españolas, y no nos hemos dejado impulsar por optimismos exagerados, ni por pesimismo que no hubieran tenido legítima justificación, creímos, empe- ro, y seguimos creyendo, que el Gobierno y el general Martínez Cam- pos y el país entero, debieron calcular, por lo ocurrido en Bayamo, to- da la gravedad que ya entonces envolvía el problema de la guerra separatista en la Isla de Cuba, agravado hoy por una serie de errores, *equivocaciones* y debilidades, y un cúmulo de causas y concausas que iremos examinando en el curso de esta RESEÑA.

